

Sobre el rol ambiental del guía de turismo

(un mensaje para los estudiantes de las carreras de turismo)

En alguna ocasión pregunté a un grupo de estudiantes avanzados de turismo cuál sería su rol profesional una vez recibidos. Las respuestas giraron en torno a educar, enseñar, informar, motivar y compartir conocimientos. Aunque algunos contestaron con miras a satisfacer mi inquietud, sentí perplejidad. No desmerezco esos, ni otros objetivos, porque yo mismo los impulso, pero noté la ausencia de uno que juzgo fundamental.

Me pregunté, entonces, si de existir un juramento de fidelidad profesional en las carreras de turismo, cuál sería el equivalente al hipocrático de los médicos. Y no tengo una respuesta acabada, pero aspiro a contribuir con que cada estudiante por egresar se comprometa con una causa noble: la de conservar el patrimonio turístico, es decir, las áreas naturales o paisajes culturales, lugares históricos o de valor antropológico, monumentos u obras de arte, yacimientos paleontológicos o arqueológicos, instituciones de conservación “*ex situ*”, obras arquitectónicas o sitios del patrimonio intangible. Y por varias razones.

La primera es que son valiosos, suelen ser escasos y conforman nuestro patrimonio (sí, “nuestro” pero, en muchos casos, desamparado con aires de orfandad).

La segunda, es la que tiene mayor vinculación con el profesional del turismo: estos bienes o lugares sostienen la actividad turística, con todo lo que ello implica. Entre otros aspectos, trabajo. Respondámonos, acaso, ¿a dónde viajan y por qué pagan los turistas?, ¿para conocer qué tipo de lugares?, ¿los contaminados?, ¿los saqueados o inseguros?, ¿o los que están bien cuidados o conservados? Creo que nadie tiene dudas al respecto.

Sin embargo, ¿qué hacen los profesionales del turismo por contribuir con ese cuidado? ¿Qué hacen los guías o intérpretes, los técnicos, los operadores, los transportistas, los hoteles y las empresas? ¿Devuelven algo de los muchos beneficios que reciben (económicos, entre otros) que les reportan los parques nacionales, los museos, los monumentos o sitios históricos? Conozco pocos ejemplos que vayan más allá del pago de una entrada o de un canon para acceder a su uso. Y cuando pienso en el abanico de oportunidades que existen, para demostrar cierta gratitud o grandeza, tiendo a creer que existe un elocuente egoísmo, cuando no, una “distracción” que parece crónica. Entre “nada” y “algo”, “algo” –si bueno- puede ser mucho para cualquiera de estos lugares. Por ejemplo, la financiación de un folleto específico para el lugar, la donación de un nuevo cartel, de libros para alimentar o crear una biblioteca; ofrecer una visita guiada gratuita para la comunidad local o para una escuela pública vecina; el pago de la reparación de un bien dañado... En fin... hay tantas cosas por hacer... Pero, como suelo decir en clase, “*ustedes no tienen por qué creer en lo que digo. Miren, pregunten y construyan su respuesta*”. Luego, actúen.

Si les sirve, creo que no nos viene mal repasar la vida del Perito Francisco Pascasio Moreno, dado que en homenaje a él se instituyó el 31 de mayo como Día del Guía de Turismo en la Argentina, recordando su nacimiento. Con más razón, entonces, vale la pena tener en cuenta algunos de sus actos, como el haber donado las tierras para crear nuestro primer parque nacional (Nahuel Huapi) o su colección museológica de fósiles y objetos antropológicos (entre otros) para fundar el Museo de Ciencias Naturales de La Plata. Creó la Institución Nacional del Scoutismo Argentino. Costeó de su bolsillo (vendiendo lo que le quedaba de tierras en el sur) los comedores escolares, porque decía que “*un niño con la barriga vacía no puede aprender a escribir la palabra pan*”. Y, como si fuera poco, cuando dejó la dirección del museo de La Plata, entusiasmó a una filántropa, Doña Victoria

Aguirre, para dar educación a los barrios carenciados “de la Quema” y “de las Ranas”. Así nacieron las Escuelas Patrias del Patronato de la Infancia, el Refugio de la Calle Arenas y las Cantinas Maternales, donde se brindaba asistencia a las personas pobres.

Si cada profesional no se plantea hacer “algo”, creo que se está auto-condenando a ser un simple obrero del turismo. O yo magnifico el papel de los futuros egresados o ellos lo minimizan, pero quisiera creer que si se preparan, y estudian a conciencia, no es para ser obreros, sino arquitectos o ingenieros del turismo. Me gustaría ver en ellos personas capaces de redirigir -hacia la sustentabilidad- una industria que creció casi desde el amateurismo, con una masa laboral formada (cuando no, dominada) por personas más autodidactas que profesionales. Creo también que un guía “recibido” cuenta con más recursos para ser más competente que uno autodidacta. Y eso debe hacerlo notar por medio de su vocación, de su “prepotencia de trabajo” y de la calidad del mismo. Si no es capaz de hacerlo, cualquier conductor puede aprender su “discurso” y ocupar su lugar, guiando o “recitando” lo que escucha mientras maneja un ómnibus. Por eso, es importante que un guía:

- maneje con precisión su vocabulario
- sepa interpretar (me refiero a la aplicación de los principios y técnicas de la interpretación ambiental)
- elabore un guión para cada una de sus visitas, con un mensaje dirigido a su público específico, y que no recite una azarosa compilación de datos informativos “aptos para todo público”
- y, lo más importante, que sea un embajador del turismo de su patria, una persona coherente con su discurso, ambiental y culturalmente responsable, respetuosa y digna de respeto.

En definitiva, todo esto, tiene que ver con las últimas líneas del párrafo anterior, que constituyen mi último argumento. Cada uno de los que estamos involucrados –directa o indirectamente- en el desarrollo del turismo, deberíamos cultivar acciones y conductas tangibles a favor de la conservación de los bienes o lugares que conforman nuestro patrimonio nacional. Y no se trata sólo de cuidar esos bienes, sino también de ser personas íntegras, dignas y respetables. Entiendo que la responsabilidad es enorme, pero también resulta necesaria, desafiante y hermosa. Otros podrán elegir caminos más fáciles o egoístas, pero no lo recomiendo. Uno no estudia ni se capacita para ello.

No sé que juramento pensará o se impondrá cada uno cuando egresa de su carrera o una vez egresado, pero tengo la convicción de que tenemos que hacer todo lo que podamos por conservar nuestro patrimonio natural y cultural. Incluso, hasta para los hijos de aquellos que lo destruyen.

Claudio Bertonatti (*)

(*) Naturalista y museólogo. Director de la revista “Vida Silvestre” de la Fundación Vida Silvestre Argentina. Profesor de las materias “Medio Ambiente y Recursos Naturales”, “Interpretación Ambiental II” y “Patrimonio Turístico Universal” del CEPEC / La Suisse. C.e.: informa@vidasilvestre.org.ar